

## **Las crisis socioeconómicas y humanas que la pandemia del virus corona está desnudando, nos enfrentan como humanidad, a *la oportunidad* de construir el mundo mejor que todos necesitamos<sup>1</sup>**

Por: Juan Daniel Gómez PhD (Universidad de Munich); posdoctorado (CAMH, Universidad de Toronto); Profesor Titular de la Facultad de Psicología, el Doctorado en Ciencias Sociales y Humanas y la Maestría en Bioética de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia.

Este texto está dirigido a la diversidad de ciudadanos del común, y a aquellos fuera y dentro de las estructuras gubernamentales que conforman la sociedad civil, como espacio de vida social organizada y que pueden incidir en las decisiones gubernamentales a través del ejercicio democrático de la ciudadanía (gremios, sindicatos, trabajadores independientes y organizados, partidos políticos, organizaciones espontáneas de protesta social, grupos de estudio, grupos religiosos, etc.). También está dirigido al sector educativo y a la Universidad en general, a los legisladores y gobernantes y en fin, a los hacedores de políticas públicas.

Pese a que desde diferentes balcones de las sociedades y desde el agenciamiento de muy diversos actores académicos y filosóficos, entre otros modelos conspiratorios, se sostiene que con la pandemia del Covid19 se producirá en el mundo entero una especie de dictadura policiva global, alentada por supuestos tales como “crecimiento económico”, “desarrollo” y “sostenibilidad”, y cuyas armas principales para el mantenimiento del orden público y la sujeción de los cuerpos serán tecnológicas.

Al día de hoy (25/05/2019), también se perfila frente a las crisis que este fenómeno está desnudando, una importante cantidad de reformas propositivas, algunas alineadas con el mantenimiento del *status quo* (propio de los modelos económicos neoliberales o neoconservadores), otras respuestas -también propositivas- definitivamente revolucionarias, que pretenden quebrar dicho *status quo* o simplemente, soluciones ‘pragmáticas’, propositivas y más o menos de centro, tendientes a promover la remoción de una serie de inequidades relativas a los derechos constitucionales de la ciudadanía, que el Estado, entre sus funciones sustantivas, podría resolver mediante la renacionalización de las empresas de la salud, la educación, empresas del sector agrario, la banca estatal hipotecaria, la seguridad social y los servicios públicos, entre otros importantes sectores, con la finalidad de distribuir más justamente la inversión pública.

Las crisis sociales y humanas, las migraciones (internas y transnacionales), los desplazamientos ocasionados por la violencia y las catástrofes naturales, la creciente limitación y desmedro de las libertades civiles, la erosión de los valores, el hambre, la precariedad de los servicios de salud y seguridad social, las infrahumanas condiciones de vida de los sin-techo, el desempleo del trabajador independiente y el subempleo, la

---

<sup>1</sup> La redacción de este escrito no parte de acepciones basadas en prejuicios sobre el género, ni como construcción biologicista, ni como construcción cultural de la identidad o de los roles y las funciones de los sexos. Por lo tanto, se refiere de igual forma al género masculino y femenino, así como a diferentes formas neutras o *trans* (p. ej., transgénero y transhumanistas) relativas a la identidad.

xenofobia, la subalternización de las culturas y los pueblos ancestrales, el etnocidio, la exclusión y estigmatización de la diversidad identitaria y de género, la violencia intrafamiliar, la sociedad patriarcal, los feminicidios, la misoginia y la androfobia, los conflictos de género, así como la destrucción de los recursos naturales y las consecuencias del calentamiento global, entre otros, son fenómenos que en las actuales condiciones de confinamiento debidas a la pandemia, han aflorado y se han visibilizado de manera significativamente diferente en el mundo, y en el país ante el confinamiento, es decir, ante la disyuntiva “el que no sale muere de hambre vs. el que sí sale muere por el coronavirus”. Esta disyuntiva, sugiere que hay solamente dos opciones: “salvar la economía” o “salvar la vida”. Al parecer no hay solución intermedia “inteligente”.

He oído que “se le puede poner precio a la vida; que si se cae el PIB un 7% este año va a morir mucha gente”, por lo que resulta necesario reactivar la economía a toda costa. Pero si salen muchas personas a reactivar la economía (los trabajadores y asalariados, porque los magnates y cacahos están bien protegidos en sus fincas y mansiones) ellas también morirán debido a la exposición al virus corona. Eso sí, la causa no será la caída del PIB, sino que las muertes serán achacadas a los mismos muertos, “por no seguir los protocolos”. La única diferencia en este juego de indicadores está en que la acumulación de la riqueza en las manos de unos pocos (una población menor que el 1% de la población) que correlaciona ciertamente como el PIB con la vida y con la muerte de los pobres, mantendrá su normalidad.

No es cierto que la vida y la muerte humana dependen del crecimiento o decrecimiento del producto interno bruto. El mejor y más actual ejemplo es el renombrado ‘aplanamiento de la curva’ de morbimortalidad por causa del virus, que no consiste en que el sistema nacional de salud reducirá con sus estrategias la presentación de nuevos casos. Tampoco en que esto sea debido a la educación de la población para el cumplimiento de los protocolos. Significa que la morbilidad (un mismo número de infectados) y la mortalidad (un mismo número de muertos) se distribuirán entre la población en un tiempo mayor. Aplanando la curva, entonces, se oculta la incapacidad del sistema de salud para “tratar” el mismo número de casos en un tiempo menor, lo cual devela la incapacidad real que posee el Estado para resolver una situación como esta. El número de muertos con o sin reactivación de la economía, en todo caso, siempre será el mismo, solo que se notará menos.

No existe una perspectiva teórica exclusiva que pueda resolver los anteriores fenómenos. Por tal razón su abordaje podría comenzar bajo la fórmula de una apertura exploratoria, un espacio de reflexión común, en donde las voces más plurales, las posiciones teóricas disciplinares, inter y transdisciplinares, revolucionarias, liberales, conservadoras o alternativas, se ocupen mutuamente de formular preguntas y de sugerir respuestas (porque no hay *una* sola respuesta) frente a dichos problemas.

Es claro que las crisis sociales y humanas develadas por la pandemia evidencian el ineludible deber público y civil de reorientar los fundamentos socio-morales del pretendido “desarrollo económico sostenible” con el que está comprometido nuestro país y muchas naciones del mundo. Dichos fundamentos pueden ser analizados desde la experiencia de una serie de crisis que históricamente se han dado de manera cíclica en el mundo, como la aparición de las epidemias, los levantamientos contra el orden establecido, y los regímenes político-económicos en diferentes latitudes, originando refinados dispositivos para el ejercicio del poder sobre las personas (p. ej., en la actualidad, los dispositivos de control del orden público relativos al confinamiento y a la libre circulación de personas mayores, niños, hombres y mujeres; los dispositivos relativos al crecimiento de la riqueza, tales como la reforma tributaria, la reducción de los salarios o la exención de impuestos a los grandes capitales; o los dispositivos para el control de la salud de la población tales como la excepcionalidad o pseudo estado de sitio que constituye la emergencia sanitaria en Colombia, en medio de la cual se han proferido un sinnúmero de decretos con fuerza de ley y reformas constitucionales de consecuencias imprevisibles.

Debemos considerar que una apertura exploratoria y colaborativa de diferentes actores y estamentos de la sociedad civil, debería aportar efectivamente a la solución de preguntas relacionadas con el conjunto de crisis mencionadas y podría girar en torno a la actual escalada de problemas sociales, formulando soluciones democrático-civiles frente a aspiraciones tales como:

- la restauración cultural de valores que depongan el imperio del enriquecimiento a ultranza y reinstauren la función ecosófica del conocimiento y el desarrollo individual, social y ambiental,
- soluciones económico-políticas (como la renacionalización de empresas de servicios públicos esenciales),
- reformas jurídico-legales (Constitucionales),
- propuestas psicológico-sociales que se concreten en programas que faciliten, animen y dinamicen la producción de motivos de agregación de intereses civiles en torno a nuevas y renovadas formas de organización social en busca de una sociedad mejor. El fracaso del proyecto de la modernidad en las ciencias sociales y humanas (tal vez no tanto en las ciencias naturales), inevitablemente desembocó en una *anomia o falta de sentido social* resultante del estado de ánimo posmoderno, que tuvo como consecuencia en todo el mundo occidental la erosión de las lealtades de los individuos a los movimientos solidarios, las religiones, los partidos políticos, los sindicatos, movimientos sociales por los derechos civiles, etc. Por esto, la generación o búsqueda al interior de la sociedad civil de estos ‘motivos’ de agregación de intereses resulta crucial para contribuir a ‘levantar’ dicho estado de ánimo posmoderno.

Las ideas propositivas anteriormente expuestas pueden ser interesante y racionalmente esperanzadoras. Su aplicabilidad, no obstante, depende únicamente de que sean reflexionadas por toda la sociedad, siempre con la vista puesta en la construcción de un nuevo *ethos* social, que sea conducente al rompimiento (no necesariamente radical) del *status quo* preCovid19. Después, pueden venir otras catástrofes y no nos moverán; podremos convivir con muchos desarrollos bio-nano-tecnológicos, etc., cuya aceptabilidad moral podría ser cuestionable, pero estaríamos blindados ciertamente por la coraza resiliente de humanismo y humanidad que crece sobre nuestra piel cuando nos vemos, el mundo entero, enfrentados a la hecatombe.

Antes de esta contingencia yo consideraba y había escrito que “a no ser un cambio inimaginable en las conciencias de los ciudadanos y gobernantes del mundo, la catástrofe global será inevitable”. Frente a esta contingencia del coronavirus, creo que asoma la posibilidad de un cambio en nuestras conciencias, imposible antes del final de la segunda guerra mundial: hoy somos conscientes de que el mundo es, no puede, no debe, no tiene que ser el lugar de la vana opulencia y riqueza de unos pocos, sino múltiples y fascinantes posibilidades de vivir un futuro en donde una *vida sencilla*, el respeto por nosotros mismos, por los demás y por el medio ambiente que compartimos, sean el supremo y principal valor y no el enriquecimiento a ultranza.

Escuché y comparto la idea de que nuestra intención, definitivamente, no es restaurar el crecimiento económico, la sociedad de consumo, ni el capitalismo. Pero, la oportunidad que esta pandemia nos pone frente a las narices es la de hacernos efectivamente conscientes de podemos vivir sin, necesariamente, ir a los centros comerciales y a los supermercados, que podemos andar a pie, que podemos compartir los alimentos o intercambiarlos, que no necesitamos más ropa de la que tenemos o de la que podemos tejer o remendar. Sabemos que si cuidamos el medio ambiente como nos cuidamos a nosotros mismos, este rebotará inmediatamente para todos de hermosura y dádivas vitales, sin generar a otro ganancias injustas; sabemos que la familia, los amigos y los animales, pertenecemos al planeta y que él no nos pertenece; sabemos que el conocimiento, los saberes Otros y las ciencias, nos pueden ayudar al buen vivir, y que todo ello, es más importante que vender nuestro trabajo, dejándonos despojar por menos del uno o dos por ciento de la población mundial, de la riqueza que nos pertenece a todos, en aras del falso, aparente e insostenible progreso que nos ofrece el orden establecido.